

Un trabajo en equipo

Por: Juan Carlos Castillo Ibáñez

Corría el año de 1959, cuando me encontraba sirviendo en el retén de Villaseca, una pequeña localidad próxima a Linares, frente a Retiro, en la actual Región del Maule. Como de costumbre, mis rondas eran en compañía de mi fiel amigo *Kazán*, un Pastor Alemán hermoso, de año y medio aproximadamente, al cual pude enseñar algunos trucos, valiéndome de mi sentido común y de consejos de compañeros de Escuela.

A todas partes concurría montado en mi gran caballo *Alazán*, el que en más de una oportunidad me dejó en el piso, casi aturdido. A todo esto, mi nombre es Leandro Castillo e integré la primera promoción de la hoy Escuela de Suboficiales de Carabineros de Chile.

Recién casado, fui destinado a la zona de Villaseca y Longaví, el primero un lugar de mucho robo de ganado y bandas de cuatrerros, quienes estaban bien organizados, para no ser descubiertos. El contrabando y matanza de ganado era muy grande en esos años y afectaba fuertemente la economía de pequeños campesinos que subsisten solo de sus rebaños y chacras.

Como Carabinero debía atender una infinidad de cuestiones. En una oportunidad, acercándome a un villorrio, observé mucho ajeteo. Doña Clara, dueña de un pequeño negocio, en donde además se vendían bebidas alcohólicas, al verme salió gritando pidiendo auxilio. Su esposo, dueño de vacunos y caballares, fue a recorrer su campo en búsqueda de sus animalitos hace tres días y aún no regresaba. Doña Clara me indicó que sólo volvieron sus perros, pero no tiene ningún rastro de su marido, Pedro.

-¡Don Leandro! ¡Ayúdeme por favor, estoy desesperada!

-¡No comprendo que puede haber sucedido!

En la Escuela de Suboficiales nos enseñaron: ética, leyes, conocimiento investigativo y estrategias psicológicas, para comprender y analizar a las personas, todo esto aspectos formativos básicos para un buen Carabinero.

Con mi libreta de anotaciones y una escritura endiablada, logré capturar la mayor cantidad de información, entrevistando a los sirvientes, esposa, hijos e hijas del desaparecido don Pedro.

A tres kilómetros de la casa de doña Clara, vivía la familia Candía, de los que se rumoreaba que dirigían bandas de cuatrerros en la zona de Villaseca. Era una familia muy bien acomodada, liderada por don Héctor Candía.

Me entrevisté con ellos, sin esclarecer nada de la desaparición de don Pedro, pero algo en el aire me dejó preocupado. *Kazán*, mi perro, sin que nadie se percatara, olfateó la ropa de don Pedro, a modo de jugueteo, en la casa de doña Clara.

Mi perro ladró mucho y rasgaba el suelo de la propiedad de los Candía, por lo que pedí permiso para recorrerla, precisando que era para calmarlo. Como de costumbre, en el campo se atendía muy bien al Carabinero, por lo que me invitaron a almorzar, pero no acepté, pues dudé mucho de la poca claridad de los relatos y de sus intenciones, para mi persona.

Mi caballo *Alazán* se encabritó al llegar a un potrero, por lo general solo le pasaba cuando se sentía nervioso y cansado. Observé muchos ratones en ese campo y todos venían de un mismo lugar. Al estar en esta situación, mi perro ladrando y el caballo casi *ad portas* de tirarme al suelo, decidí marcharme, despidiéndome atentamente de mis anfitriones, quienes amablemente me invitaron a una celebración que tendrían el sábado y yo, siendo la autoridad del lugar, no podía faltar, por lo que asentí con la cabeza.

Estuve tres días analizando los relatos, mis notas, el comportamiento de las personas y de mis compañeros *Kazán* y *Alazán*, indicadores de que algo no estaba bien. Descubrí muchas

contradicciones en el relato de la familia Candía, por ejemplo es imposible que una persona esté en dos lugares al mismo tiempo o que el almuerzo que se sirve sagradamente a las 12, se haya servido a las 15, pero nada de eso era una real pista, para culpar a alguien. Llegado el sábado, con mi mejor tenida de carabinero, entré acompañado de *Alazán* a las festividades de la familia Candía. En esta oportunidad dejé en casa a *Kazán*, dado su comportamiento anterior.

Estaban celebrando la postura de argolla de una de sus hijas, la menor, pues la mayor se había hecho monjita en el Convento de Linares de Las Dominicas. Doña Eustaquia, esposa de don Héctor, era una mujer sencilla y muy buena para el trago. En más de una oportunidad se quedó dormida en una cantina. Dentro de todas las personas de la familia Candía, era la más que habló cuando la entrevisté días atrás.

Transcurrido un buen rato, me voy turnando en la conversa con los invitados, intentando no levantar sospechas, hasta que llegué donde estaba doña Eustaquia, mi objetivo del día.

Conversamos de todo, de sus parientes de Santiago, de sus hijos e hijas, de sus propiedades, de sus anteriores maridos, de sus yernos y nueras, hasta que le consulté ¿dónde escondieron al finadito? Ella pasada de tragos y muy buena para hablar, sin darse cuenta que hablaba conmigo, me indica ¡al finadito Pedro lo tiramos al pozo... Hace como cinco días!

Efectivamente, hago pasar a mis subalternos y encontramos el cuerpo de don Pedro en el pozo de la propiedad, lugar que ya no usaban, y que *Kazán* fue quién levantó la primera sospecha de que estaría allí, además de lo nervioso que se puso *Alazán* al encontrarse con los ratones, no comunes para esa zona del lugar.

Entregamos los antecedentes en el Juzgado de Parral y se pudo dar santo entierro a don Pedro, recibiendo los agradecimientos de su viuda y familia por esclarecer su desaparición y crimen, común para la época.

El invierno, desde la mirada de un Carabinero

Con el objetivo de conocer la sensibilidad de los carabineros, al vincular su trabajo con el invierno, una estación capaz de inspirar desde su paisaje, hasta el impacto que genera en el ser humano, nace el concurso de poesía *El invierno, desde la mirada de un Carabinero*. Por su parte, el género lírico expresa una realidad subjetiva que comprende la visión y sentimientos del autor y ahonda en recursos retóricos, como la metáfora, condición que lo transforma en una herramienta eficaz para conseguir el fin trazado.

En esta oportunidad el Teniente Gabriel del Campo Zaldívar del Departamento Análisis Criminal, alcanzó el primer lugar con *El llanto*. Al enterarse de la nominación el Oficial sostuvo que “a través de estos versos quise expresar que desde la tristeza se puede pasar a la felicidad, como del invierno a la primavera. Durante los turnos, en varias oportunidades me ha tocado que nazca una guaguüita y, aunque directamente nunca he asistido un parto, no me es algo ajeno, más ahora que pronto seré papá por primera vez”. Finalmente agregó: “Estoy feliz con este premio, al igual que mi mando y compañeros de trabajo”.

La segunda ubicación fue para el Suboficial Jorge Muñoz Arredondo de la Sección O.S.7. Coquimbo, quien escribió *Primer invierno verde*; mientras el Capitán Cristián Díaz Navarro de la 4ª Comisaría Santiago Central con *El caballero de verde*, alcanzó la tercera nominación.

El Coronel González, considera que fue: “una instancia para que los participantes compartieran sus sentimientos con humildad y buen juicio, evidenciando así la mirada humana de los autores, frente a diversos factores que los inspiraron. En general, los trabajos recepcionados fueron de gran calidad, por lo mismo, los insto a seguir participando y felicito a los ganadores”.

